

principal de todos. El segundo de él se llamaba Tizaba, el tercero Macuiloce-lutl, el cuarto Macuilohtli: en el quinto lugar se ponian á las dos mugeres, la una se llamaba Xiuhtlati, y la otra Xilo: el sétimo estaba frontero de los ya dichos ácia ellos, el cual se llamaba Tepuztecatl. La manera conque ataviaban estos dioses arriba dichos era esta. Los que eran varones todos llevaban acuestas aquella divisa que llevaba Coiotlinaoatl, solo este dios que se llamaba Tizaba no le componian de pellejo de *coiottl*, solamente llevaba acuestas el jarro con los quetzales, y unas orejeras de concha de marisco: llevaba tambien su báculo, rodela, y sus caracolitos en las piernas, y unas cotaras blancas: el dios que se llamaba Macuiloce-lutl, tenia vestido el pellejo de *coyottl*, con su cabeza metida en esta piel como celada, y por la boca veía, y tambien llevaba acuestas el jarro con sus quetzales, y el báculo con sus rodela y sus cotaras blancas. De la misma manera componian al dios Macuilohtli: de las dos mugeres la que se llamaba Xiuhtlati, iba ataviada con un vipil azul, y la otra que se llamaba Xilo, que era la menor, iba vestida con un vipil colorado teñido con grana: ambas tenian los vipiles sembrados de plumas ricas de todo género de aves que crian plumas hermosas. La orilla del vipilli estaba bordada con plumas de diversas maneras como arriba se dijo. Tenian estas en las manos, cañas de maíz verdes por báculos, y llevaban tambien un aventadero de plumas ricas en la otra mano, y un joyel de oro hecho á manera de comal. Tambien llevaban orejeras de oro muy pulidas y muy resplandecientes: ninguna cosa llevaban acuestas; tenian por cabellos papeles. Llevaban las muñecas de ambos brazos, adornadas con plumas ricas de todas maneras: tambien llevaban las piernas de esta manera emplumadas, desde las rodillas hasta los tobillos: tenian tambien cotaras tejidas de hojas de árbol que se llama *yecottl*, para dar á entender que eran Chichimecas venidos á poblar á esta tierra.» (Sahagun. Tom. II cap. 18.)

Respecto de las obras, maneras de hacerlas y hermosura con que estaban ejecutadas, nos suministra muy curiosas noticias nuestro apreciable Clavijero: «Pero nada fué tan apreciado por los mejicanos como las obras de mosaico, que hacian de las plumas mas delicadas y hermosas de los pájaros. Criaban por esto muchas especies de hermosísimos pájaros de que abunda aquel país, no solamente en los palacios del rey, en donde habia, como ya hemos dicho, toda suerte de animales, sino tambien en las casas particulares, y en cierto tiempo les quitaban las plumas para emplearlas en este género de obras ó para venderlas en el mercado. Tenian en grande aprecio las plumas de aquellos prodigiosos pajaritos, que ellos llamaban huitzizillin y los españoles picaflors, tanto por su sutileza como por la finura y variedad de sus colores. En estos y otros hermosísimos pájaros les suministraba la naturaleza cuantos colores sabe emplear el arte y algunos que él no es capaz de imitar. Se juntaban algunos artifices, y despues de haber hecho el diseño y tomadas las medidas y las proporciones, se encargaba cada uno de una parte de la imágen, y se dedicaba á ella con tal aplicacion y paciencia, que solia estar un dia entero en acomodar una pluma, probando ya una ya otra, y observándola por una y otra parte, hasta que encontraba aquella que llenaba la idea de perfeccion que se habia propuesto. Terminada la parte que tocaba á cada uno, volvian á juntarse para formar la imágen entera. Si alguna parte se hallaba mala, se volvía á trabajar

hasta darle la última perfeccion. Cogian las plumas con ciertas pinzas sutiles para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con zauhtli ó alguna otra materia glutinosa; despues unian todas las partes sobre una tablita ó sobre una lámina de cobre, y las aplanaban suavemente hasta dejar la superficie de la imágen tan igual y tan lisa, que parecia hecha de pincel.

«Estas son aquellas imágenes tan celebradas por los españoles y por otras naciones europeas, en las cuales él que las ve no sabe que alabar mas, si la vivacidad y hermosura de los colores naturales, ó la destreza del artífice y la ingeniosa disposicion del arte: «las cuales, dice el padre Acosta, con mucha razon son estimadas y causan admiracion que de plumas de pájaros se pueda labrar obra tan delicada y tan igual, que no parece sino de colores pintadas, y lo que no puede hacer el pincel y los colores de tinte; tienen unos visos morados á soslayo tan lindos, tan alegres y vivos, que deleitan admirablemente. Algunos indios buenos maestros, retratan con perfeccion de pluma lo que ven de pincel, que ninguna ventaja les hacen los pintores de España. Al príncipe de España don Felipe dió su maestro tres estampas pequenitas, como para registros de diurnos, hechas de pluma, y su alteza las mostró al rey don Felipe nuestro señor su padre, y mirándolas su majestad, dijo que no habia visto en figuras tan pequenitas cosa de mayor primor. Otro cuadro mayor en que estaba retratado san Francisco, recibíendole alegremente la santidad de Sixto V y diciéndole que aquel lo hacian los indios de pluma, quiso probarlo trayendo los dedos un poco por el cuadro, para ver si era pluma aquello, pareciéndole cosa maravillosa estar tan bien asentada, que la vista no pudiese juzgar si eran colores naturales de pluma ó si eran artificiales de pincel. Los visos que hace lo verde y un naranjado como dorado, y otros colores finos, son de extraña hermosura; y mirada la imágen á otra luz, parecen colores muertas.» Eran tales obras de pluma tan estimadas de los mejicanos, que las apreciaban mas que el oro. Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no encuentran expresiones con que ponderar bastantemente su perfeccion. Poco tiempo hace vivia en Pázcuaró, capital ántes del reino de Michoacan, en donde mas que en otra parte floreció este arte despues de la conquista, el último artífice de mosaico que restaba allí, y con él habrá ya acabado ó estará por acabar un arte tan precioso, bien que ya mas de dos siglos que no se trabajaba con la perfeccion que los antiguos. Se conservan hasta ahora algunas obras de esta naturaleza en los museos de Eurapa y muchos en México; pero pocos, segun me parece, del siglo XVI, y ninguno que yo sepa hecho ántes de la conquista. Era tambien muy curioso el mosaico que hacian de conchas partidas, cuyo arte se ha conservado hasta nuestros dias en Guatemala.» (Clavijero, Historia. Lib. VII.)

NOTA SEGUNDA.—*Huitzilopochtli*, númen peculiar de los méxicas. Este númen terrible explica por sí solo la organizacion y los instintos de la tribu. *Huitzilopochtli* era la deificacion de la guerra; sus sectarios debian ser conquistadores, no tanto para extender su propio señorío, cuanto por hacer adorar al *Tetzahuitl* de todas las naciones de la tierra. El culto era feroz y sangriento, porque la guerra se complace en la sangre; la víctima apetecida por la di-

vinidad era el prisionero. El sacerdote y el soldado formaban las clases privilegiadas; pero se tocaban en muchos puntos, á veces se confundían, porque el ministro era guerrador y los militares en su juventud habían servido en los templos. El jefe principal, llamémosle rey, asumía los caracteres de primero en el Estado y en la milicia, el pontífice en la religión. México propiamente era un campamento. La educación hacia al niño sobrio, sufrido contra la intemperie, estóico para el dolor; al joven, amante del dios, reverente para el culto, indiferente para los espectáculos sangrientos, impasible para recibir la muerte; al hombre, guerrador determinado, altivo para no retroceder nunca, con la conciencia orgullosa de la supremacía de su raza. En los combates se ganaban los grados militares, las distinciones civiles; fuera de la pelea no tenían esperanza de medra ni los nobles ni los plebeyos; se alcanzaba en las batallas honra y lucro. La vida, que era de la patria, se pasaba en continuo pugnar contra los hombres y los elementos; la muerte podía venir cuando quisiera, afrentosa casi si era natural, gloriosa y bien recompensada si se verificaba en el campo de batalla ó en las aras de los dioses de la guerra sagrada.—Diversas son las etimologías dadas al nombre. Según unos, significa «sinistra de pluma relumbrante.» En otro sentir, se compone de *huitsili*, chupamirto, y de *tlahuilpochtli*, nigromante ó hechicero que echa fuego por la boca; pero la lengua no autoriza esta formación. Se saca también de *huitsilin*, y de *opochtli*, mano izquierda, sonando mano «izquierda ó sinistra de pluma relumbrante.» En versión diversa se hace la palabra de *Huitsiton*, capitán conductor de los mexicanos, y de *mapoche*, que es la mano sinistra, como quien dice: «*Huitsiton* sentado á la mano sinistra;» Clavijero repugnó esta etimología por violenta. Conformándonos con el mismo Clavijero, la significación propia debe tomarse de *huitsitsili*, chupamirto, que en composición arroja el elemento *huitsil*, y de *opochtli*, «mano sinistra;» «llamóse así, dice el repetido autor, porque su ídolo tenía en el pié izquierdo unas plumas de aquella ave.» Las traducciones que pudieran formarse, «mano izquierda de colibrí, ó colibrí izquierdo,» no nos satisfacen. Quedan rastros de una religión muy antigua, en la cual eran adorados los animales; acaso en aquella época el *huitsitsili* era el emblema del valor guerrero, y bajo esta forma el dios de la guerra. No aparece el supuesto tan descarriado, pues en aquella mitología estaba admitido que los guerreros habituales de la caza del sol, después de acompañar al astro, se convertían en chupamirtos, esparciéndose por los jardines del cielo á libar el néctar de las flores. Por otra parte, entre los guerreros mexicanos había algunos muy temidos porque combatían con la mano izquierda. A estas dos ideas nos parece corresponder el nombre *Huitzilopochtli*, significando en realidad, «el guerrero surdo, el surdo dios de la guerra,» ó tomando la voz *huitsitsilin* en su sentido figurado, «el surdo precioso, el surdo distinguido, valioso, primoroso.» Consta en documentos antiguos llamarse por otro nombre *Mexitli*.—Vario como su nombre es su origen. Le vemos entre los dioses primitivos, llamándole el ritual «señor del cielo y de la tierra.» Aparece como un hombre robusto y guerrador, llevando por divisa una cabeza de dragón espantable que echaba fuego por la boca, como un nigromántico que se transformaba en figura de animales:

en ambos casos, después de muerto le honraron como á dios. Lo cierto es que en las pinturas ya viene conduciendo á los *mexi* desde el principio de su peregrinación, y que á poco de salidos de *Axtlan* les enseña el sacrificio humano como uno de los puntos característicos de su religión.—Respecto de la figura, el misticismo hacia cambiar las insignias y los adornos. Al nacer apareció adulto y armado para combatir y exterminar á sus enemigos. En su imagen de dios «era una estatua de madera entretallada en semejanza de un hombre sentado en un escaño azul fundado en unas andas, y de cada esquina salía un madero con una cabeza de sierpe al cabo: el escaño denotaba que estaba sentado en el cielo. El mismo ídolo tenía toda la frente azul, y por encima de la nariz una venda azul, que tomaba de una oreja á otra. Tenía sobre la cabeza un rico plumaje de hechura de pico de pájaro: el remate de él de oro muy bruñido. Tenía en la mano izquierda una ródela blanca con cinco piñas de plumas blancas puestas en cruz: salía por lo alto un gallardete de oro, y por las manijas cuatro saetas, que según decían los mexicanos, les habían enviado del cielo para hacer las hazañas que en su lugar se dirán. Tenía en la mano derecha un báculo labrado á manera de culebra, todo azul ondeado. Todo este ornato, y el demás, que era mucho, tenía sus significaciones, según los mexicanos declaraban.» (Acosta, lib. V, cap. 9.—Duran, parte II, cap. 2^o MS.)—Según otros autores, la estatua era la de un gran gigante, hermosa y galanamente adornada de joyas y piedras preciosas, formando figuras de aves, mariposas, ranas, peces del mar, flores y frutos, «para dar á entender que de todo era señor y hacedor. Tenía una máscara de oro, denotando que la deidad no es visible sino que está encubierta, con ojos de espejuelos muy relumbrantes, avisando que todo lo veía y sabía todo, que no duerme y vela constantemente por las criaturas. Estaba ceñido de una gruesa culebra de oro; un collar de diez corazones humanos, como señor de la vida; otro rostro en el cerebro á manera de hombre muerto, indicando que á su voluntad daba la vida y la muerte.» (Torquemada, lib. VI, cap. 37.—Clavijero, tom. I, pág. 235.)—En todo este simbolismo dominan siempre el *huitsitsilin* y la culebra, mitos de una religión primitiva. A estas ideas unieron los mexica, con su eclecticismo no siempre bien razonado, los mitos religiosos de las tribus de cuyos dioses se apoderaron para formar su abigarrado panteón.—El autor le llama constantemente el *Tetzahuitl Huitzilopochtli*: *tetzauh* quiere decir espanto, y *tetzahuitl* espantoso.